



A la muerte de RODO

La Despedida

DE
EMILIO FRUGONI

Suave y dulce maestro, todo luz y armonía,
que cerrastes los ojos para siempre en Italia
entre los esplendores del azul Mediodía,
tu verbo era serena vena de una Castalía,
que en suelo americano hizo brotar un día
sobre un tronco de Hesperia una rosa de Galía.

Descendía esa fuente de las marmóreas cumbres
donde Renán la llama de su oración prendiera;
reflejaba en sus ondas las inmortales lumbres
— la imagen de la Acrópolis con su gracia severa —
y limpió de nocivas y tenaces herrumbres
el metal castellano que Cervantes batiera.

El acero del habla fué en tus manos, maestro,
ágil, flexible, dúctil, levemente sonoro,
y en él grabó sus cifras imborrables un estro
al cual fué siempre aliado el insigne decoro
del arte de un artifice, como ninguno diestro,
que acuñó con su efigie sus medallas de oro.

Platicastes con Sócrates larga y serenamente,
y con Platón un mudo diálogo mantuviste,
y de esas hondas pláticas conservaste en la mente
un fulgor de idealismo, que en tus obras pusiste,
y un sabor de almas grandes, hondamente presente,
que en tus bellas palabras y en tu vida persiste.

De los mirtos de Grecia a la sombra propicia
tu espíritu fué helénico y tu numen pagano,
y ante las formidables murallas de Fenicia
al Ideal cantastes, divinamente humano...
y la palabra indócil se ofreció a la caricia
— como a Orfeo las fieras — de tu mágica mano.

Próspero, Ariel y Gorgias contuvieron tu esencia,
volaron con tus alas, o las tuyas prendieron
en tus hombros. Tuviste su bondad y su ciencia,
y el milagroso impulso con el cual ascendieron,
y su filosofía o su don de videncia:
trinidad de ti mismo, en tí se confundieron.

Bondadoso maestro que ya á reunirse has ido
con las sombras amigas de Emerson y Renán,
mírame aquí en la playa, por la angustia transido,
agitando un pañuelo con el terco ademán
de quien ahuyenta un pájaro invisible — el Olvido —
en tanto que unas blancas velas vienen y van...